

Jesús CANTERA ORTIZ DE URBINA

FUNCIÓN DE LA ISLA EN LOS RELATOS FRANCESES MEDIEVALES

1. FRANCIA Y EL MAR

Con sus cerca de 3.200 kms. de costa continental (70 en el mar del Norte, unos 1.100 en el Canal de la Mancha, unos 1.400 en la costa atlántica y unos 625 en el Mediterráneo) Francia ha sentido siempre vocación marítima.

Por otra parte, a poca distancia de sus costas, emergen no pocas islas, algunas de muy relevante importancia. Cabría citar en el Atlántico la de Yeu, en la que estuvo encarcelado el mariscal Pétain desde 1945 hasta su muerte en 1951 a los 95 años de edad. Y muy cerca, la de Noirmoutier que se convierte en península cuando baja la marea. Y sobre todo las llamadas islas anglonormandas, entre ellas las de Jersey, Guernesey y Chausey. Sin olvidar el famoso Mont-Saint-Michel que, con las mareas vivas, llegaría a convertirse en isla, si no fuera por el dique que lo une al continente.

De las costas francesas del Mediterráneo nos limitaremos a recordar las islas Lerins, famosas por su monasterio fundado a principios del siglo V por San Honorato obispo de Arles.

Aunque muy lejos de las costas francesas, no cabe olvidar la isla de Sicilia, en la que el día de Pascua del año 1282 tuvo lugar el conocido episodio de las «Vísperas sicilianas» que supuso la muerte de unos 8.000 soldados normandos al servicio de Carlos de Anjou, rey de Nápoles.

Cierto es que la isla de Córcega pertenece hoy a Francia, pero sólo desde 1768 en que le fue cedida por los genoveses.

Y ya que hemos dado este salto hasta finales de la Edad Moderna, alejándonos en varios siglos de la Edad Media, nos permitiremos llegar a los inicios de la Contemporánea recordando la estancia de Napoleón en la isla de Elba, desde el 4 de mayo de 1814, tras su abdicación, hasta el 26 de febrero de 1815 en que regresó a Francia.

Hablar de Napoleón –aunque sea incidentalmente– en una ponencia sobre la isla obliga naturalmente a recordar la isla de Santa Elena, en el Atlán-

tico Sur, a la que fue llevado por los ingleses el 17 de octubre de 1815 tras su derrota en Waterloo el 18 de junio. En esa isla estuvo confinado durante cinco años hasta su muerte, probablemente por cáncer de estómago, el 5 de mayo de 1821. Y allí estuvieron sus restos hasta 1840 en que fueron trasladados a los Inválidos de París.

Hasta el siglo IV de la era cristiana la mayor parte de Europa seguía centrada en el mundo mediterráneo. Por el Atlántico, en cambio, en la Edad Antigua resultaba hartamente temerario aventurarse alejándose demasiado de las costas. Había un razonable temor al más allá. Se creía que el mundo era llano y que si se alejaban demasiado de la costa podían acabar cayendo en el abismo que rodeaba la tierra. El mar, además, era dominio de dioses muy poderosos y en extremo temibles y estaba poblado de monstruos espantosos capaces de hacer zozobrar y hundir cualquier nave y devorar a sus navegantes.

Los monjes irlandeses, sin embargo, fueron intrépidos navegantes que, con muy rudimentarios medios de navegación surcaban mares, movidos en unos casos por espíritu de apostolado y en otros para ir en busca de islas solitarias en las que pudiesen llevar una vida de retiro dedicada a la meditación y a la oración.

Por otra parte, las islas Británicas por un lado y las penínsulas de Bretaña y Normandía por otro parecen estar llamadas no sólo a mirarse de lejos sino también a mantener relaciones constantes, que fueron particularmente intensas durante toda la Edad Media.

Las reiteradas incursiones escandinavas en las islas Británicas a finales del siglo III seguidas luego por las de anglosajones aceleraron la decadencia de la dominación romana que acabó en el año 411. Las sucesivas oleadas de los invasores germanos hicieron que los celtas no sólo tuvieran que replegarse hacia el oeste en el país de Gales y en Cornualles sino que además se vieron obligados a buscar refugio en el continente, en la península de Armórica, que recibió entonces el nombre de «Bretaña Chica» o «Pequeña Bretaña», precisamente por estos celtas bretones que llegaron a ella huyendo de las invasiones anglosajonas.

Siglos más tarde, en el año 1066, el duque de Normandía Guillermo el Conquistador (también conocido por Guillermo el Bastardo) emprendió la conquista de Inglaterra. Esa conquista normanda despertó al principio en los celtas bretones insulares la esperanza de una ansiada liberación del yugo anglosajón bajo el que llevaban sometidos cinco siglos. Pronto pudieron comprobar, sin embargo, que era una vana esperanza, pues simplemente habían cambiado de dominadores.

De todas maneras, este hecho tiene para nosotros una importancia extraordinaria ya que, por un lado, la lengua normanda se implantó en Inglaterra y, por otro, las antiguas leyendas celtas recobraron vida, ahora en lengua normanda. De esta manera la figura del mítico rey Arturo fue de nuevo evocada. Y los hechos, así los históricos como los fantásticos, en torno a su figura volvieron a ser cantados, ahora en lengua normanda por juglares y poetas.

2. LA ISLA FLUVIAL DE «LA CITÉ» EN PARÍS

Aunque el español, a diferencia de otros idiomas, dispone de una palabra especial para designar una isla fluvial, apenas es hoy empleada y son muy pocos los que la conocen. Pero aquí, en unas jornadas dedicadas al tema de la isla, no podemos dejar de recordarla. Me refiero a la bonita palabra «mejana» para designar una isleta o isla chica en medio de un río. Para Corominas sería una palabra aragonesa recogida como tal por Peralta en 1836. «Y de él –añade Corominas en su *Diccionario etimológico de la lengua castellana* (tomo III, pág. 198, en la entrada «majano»)– hubo de pasar a la Academia [1884, no 1843]». En el *Diccionario de Autoridades* –añadiríamos por nuestra parte– no figura, en efecto, esta palabra «mejana», cuya etimología podría ser o bien el adjetivo latino «mediana» (probablemente a través del catalán) o bien «mediamnis» que en el nº 4234 y con el significado de «tierra en el centro de un río» recoge Vicente García de Diego en su *Diccionario etimológico español e hispánico*.

Sin insistir en estas disquisiciones etimológicas, pasaremos a ocuparnos, aunque sea muy brevemente, de la mejana o isla fluvial que ahora nos interesa: la isla de «la Cité», en el Sena a su paso por París, la antigua Lutecia.

El nombre de «Île de la Cité» empezó a emplearse a principios del siglo VI, concretamente en el año 508.

Constituye el núcleo primitivo de París y cuenta hoy con ocho puentes para no quedar aislada del resto de la ciudad. En ella está Notre-Dame, el «Palacio de Justicia», la «Santa Capilla», la *Conciergerie* y el *Hôtel-Dieu*.

Y junto a ella, la Isla de San Luis, formada por dos islotes que fueron reunidos en 1627. Sus bonitas edificaciones (*Hôtel de Lambert* y *Hôtel de Lauzun* principalmente) fueron construidas en el siglo XVII.

La nave que fue adoptada como blasón de París evoca y representa así la forma de la isla como la actividad más antigua de sus habitantes.

3. LA ISLA DE REICHENAU EN EL LAGO DE CONSTANZA

Aunque esta isla de Reichenau está en el lago de Constanza, en la Europa central, lejos de Francia, no puedo resistir la tentación de evocarla, aunque sea muy brevemente. Y lo hago no tanto por su belleza y la de ese precioso lago con sus tres islas y atravesado por el Rin, sino por la importancia de su antigua abadía benedictina en las aguas del Unterzee.

El Reichenau medieval dice relación no sólo con los pueblos germánicos de su entorno sino también con Francia, con Italia y con España.

Junto con la cercana abadía de Saint Gallen en la Suiza alemana, Reichenau fue uno de los núcleos monásticos más importantes en los siglos IX al XI.

La razón principal de hablar ahora de esta isla y de su monasterio está en relación directa con la figura del abad San Pirminio, monje español que, poco después de la invasión musulmana de la Península a partir del año 711, salió de España con otros cuarenta monjes llevando consigo una muy valiosa biblioteca de cincuenta códices. Atravesaron los Pirineos y, después de recorrer toda Francia, llegaron a orillas del Rin por Alsacia hacia el año 720 y allí fundaron el monasterio de Murbach.

Siguiendo luego el curso del Rin hacia su nacimiento, San Pirminio, con un grupo de sus monjes, llegó hasta el lago de Constanza. Y en su isla de Reichenau fundó otro monasterio, según consta en la carta de fundación del año 724. Y a este nuevo monasterio legó la mayor parte de los valiosos códices traídos de España.

Gracias principalmente a este monje español San Pirminio, autor de una especie de catecismo titulado *De cunctis libris Scripturarum Scarapsus* (cuyo texto se ha conservado), los monasterios de Murbach y Reichenau, por él fundados, se convirtieron en muy importantes focos de cultura así para el mundo germánico como para el románico.

4. LA «ISLA DE FRANCIA»

Con este nombre de «Isla de Francia» es conocida una región histórica de Francia, situada en el centro de la cuenca parisina. Aunque el nombre de *Isle de France* no fue reconocido oficialmente hasta 1435 en que aparece en el tratado de Arras, quedan no pocos testimonios de su empleo muchísimo antes.

A pesar de su desaparición oficial tras la revolución de 1789 al hacerse la distribución administrativa de Francia en departamentos, el nombre de «Île-de-France» sigue aún muy vivo.

No se trata evidentemente de una isla, ni mucho menos. Ni siquiera fluvial propiamente dicha. Su bonito nombre de «isla» responde a la configuración de esta región limitada por cuatro ríos: el Sena, el Oise, el Aisne y el Marne.

El papel histórico de esta isla, sobre todo en la Francia medieval, fue de una importancia extraordinaria bajo todos los puntos de vista. Cuna de la monarquía de los capetos y, por consiguiente, de la monarquía francesa.

El dialecto de esta región, el franciano, por su parte, fue el que, por razones principalmente políticas, consiguió imponerse sobre todos los demás, algunos de una importancia literaria y cultural extraordinaria, como el picardo, el normando o el champañés. El franciano, o dialecto de la Isla de Francia, sería la base de la lengua que con el tiempo llegaría a ser el actual francés.

La Isla de Francia fue centro de cultura gracias en gran parte a la presencia del rey San Luis y a la creación de la Sorbona en el año 1253 por el

sacerdote Robert de Sorbon. Y con mucha razón esta región puede ser considerada como núcleo muy importante del arte gótico francés.

Recordemos por fin que la isla Mauricio, en el océano Índico, fue conocida durante algún tiempo con el bonito nombre de «Isla de Francia».

5. LOS VIAJES DE SAN BRENDANO. LA ISLA DE SAN BORONDÓN

Ni *Los viajes de San Brendano* ni tampoco el relato *Folque, hijo de Garín* (del que también hablaremos más adelante) figuran en los manuales de literatura francesa medieval. Y no puede decirse que sea por estar escritos en dialecto normando y anglonormando respectivamente, pues otras obras escritas en estos dialectos sí figuran y son además consideradas como obras de primer rango de las letras francesas. Lo más probable es que sea debido a un erróneo concepto de cultura y nación.

No debe olvidarse a este respecto que desde la conquista de Guillermo el Conquistador en 1066 hasta la época de Chaucer (en el siglo XIV) gran parte de los textos literarios escritos en Gran Bretaña son de expresión francesa.

En el siglo IX apareció la *Navigatio Sancti Brendani abbatis*, redactada en latín probablemente en la región renana. Tal fue su éxito que no sólo se multiplicaron las copias de este texto latino, sino que se hicieron traducciones a distintas lenguas europeas. El texto francés más antiguo que hoy conservamos fue escrito en dialecto normando a principios del siglo XII. Y su autor se identifica como «danz Benedeit» (= don Benito), que vivía por entonces en Inglaterra.

San Brendano fue un monje irlandés nacido a finales del siglo V en Tralee, en el condado de Kerry. Los irlandeses habían sido convertidos poco antes al cristianismo. Muchos de ellos tenían una gran afición al mar y lo surcaban en unas barquichuelas muy sencillas, y naturalmente sin brújula, valiéndose tan sólo a lo sumo de una especie de muy rudimentario astrolabio.

La vida eremítica y el monacato se desarrolla muy pronto entre ellos. Y al propio tiempo hace su aparición y cobra auge la idea de la «peregrinatio pro amore Christi» que les infunde un gran afán de proselitismo. Y emprenden numerosos viajes hacia otras islas y también hacia el continente. Es muy probable que la ciudad de Saint-Malo, en la desembocadura del río Rance en la costa septentrional de la Bretaña francesa, deba su origen a una fundación de monjes irlandeses, entre ellos el propio San Maló, discípulo de San Brendano.

Algunas incipientes comunidades de monjes y sobre todo algunos eremitas buscan una vida muy solitaria en alguna isla alejada y de reducido tamaño. Lejos de las voces humanas, estarán mejor dispuestos para oír los cánticos angélicos y sentirse más próximos del Paraíso. Merece ser recorda-

da de manera muy especial la fundación, en el año 563, del famoso monasterio de la isla de Iona, no lejos de la costa noroccidental de Escocia.

Entre los antiguos «inramas» (o relatos de viaje compuestos en gaélico) figuran *El viaje de Bran* y *El viaje de Maelduino*.

Bran, hijo de Feral, oye un día a un hada hablar de una deliciosa isla lejana y se propone ir a buscarla. No lo consigue; pero llega a otra isla muy bonita, la «isla de las mujeres». Y permanece en ella siete años.

Maelduino, por su parte, viaja de isla en isla con sus sesenta y tres compañeros. Y en cada una de las islas que visita tiene la oportunidad y la suerte de conocer cosas maravillosas.

Vamos a considerar distintos pasajes de *Los viajes de San Brendano* en relación naturalmente con el tema de la isla.

5.1. El retiro del monje Mernoc (versos 71-102)

El monje irlandés Barint vivía en un bosque en compañía de trescientos monjes. Su ahijado Mernoc busca un asilo más solitario. Y lo halla en una isla en medio del mar, completamente deshabitada. En ella se alimentaba con sólo el perfume de las flores del Paraíso, que tan cerca estaba que podía oír el canto de sus pájaros. A esa isla acudió más tarde Barint para visitar a Mernoc. Y cuanto allí vio se lo contó al monje Brendano.

5.2. La isla del Palacio deshabitado (versos 260-270)

Es la primera a la que llegan San Brendano y sus monjes. Se ha tratado de identificar con una de las Feroe o con la isla de San Kilda en «Outer Hébridas», también ésta rodeada de acantilados y de muy difícil acceso. En esta isla hay actualmente tres ermitas, una de ellas dedicada a San Brendano.

5.3. La isla de las Ovejas (versos 371-402)

Para algunos autores sería una de las Feroe: posiblemente Streymoy, o quizá Vargar. Hay noticias de misiones irlandesas en estas islas a partir del siglo VII y también se sabe que desde muy antiguo había en ella ovejas. Con este nombre de «isla de las Ovejas» aparece por estas zonas una isla en algunos cartularios medievales.

5.4. La «isla ballena» o «pez isla» (versos 403-478 y 821-846)

En una ocasión nuestros monjes llegan a desembarcar sobre el dorso de una enorme ballena que confunden con una islita. Y sobre el lomo de aquella ballena se disponen a celebrar la Pascua, pretendiendo asar allí mismo un cordero. Pero, al sentir el calor de las brasas, despertó, naturalmente, la ballena y, al revolverse, se originó una tormenta.

Recuerdo a este respecto que, en mis ya lejanos años de estudiante de Filología semítica en la Universidad de Madrid, allá por los años 40, para completar lo que hacíamos en clase, leía por mi cuenta distintos textos en

árabe. Y una de mis lecturas preferidas fueron los viajes de *Sindbad el Marino*. Bonito relato en el que, con la fantasía característica de *Las mil y una noches* se narran los siete viajes fantásticos, llenos de aventuras maravillosas, de aquel intrépido marino, por una serie de islas. Una de ellas resultó que no era una isla, ni mucho menos, sino el dorso de un enorme pez, probablemente una ballena. También Sindbad y sus compañeros se disponían a preparar allí su comida. Y, al encender el fuego y sentir el pez el calor de las brasas, también reaccionó instintivamente provocando la desbandada inmediata de aquellos ingenuos marinos.

5.5. La isla Ailbe (versos 616-637)

En el texto normando aparece con el nombre de «l'isle Albeu». Y corrientemente con el de «Isla Albea», en las traducciones españolas.

Por lo que tardan en llegar a ella, esta isla debía de estar muy lejos, seguramente al sur de las Feroe y de Islandia. No ha faltado quien la haya identificado con Madeira, e incluso se ha pensado en algunas de las islas Afortunadas o Canarias.

Procede señalar que entre los primeros santos de Irlanda figura un San Ailbe, patrón de Munster, en la parte meridional del país y autor de una regla monástica, como puede verse –sin ir más lejos– en la G.E.R., tomo XIX, pág. 854.

5.6. La isla de las Aguas embriagadoras (versos 793-820)

Tras hacerse a la mar después de haber abandonado la isla de Ailbe, nuestros monjes viajeros llegan muertos de hambre y de sed, a una isla en la que ven un río que les proporciona peces para alimentarse y agua para beber. Aunque San Brendano advierte a sus monjes que beban con moderación, no lo tienen muy en cuenta. Y al poco quedan todos como embriagados. Algunos, durante un día; otros, durante dos; y también los hubo que pasaron tres días completos sin recobrar sus facultades.

Estas aguas embriagadoras han hecho pensar en la isla de São Miguel, la más oriental de las Azores, algunas de cuyas aguas, por nacer en ciertos yacimientos de minerales, resultan tóxicas y pueden provocar trastornos como de embriaguez.

5.7. La isla de los Pájaros (versos 479-500 y 847-882)

En repetidas ocasiones hace alusión San Brendano al canto de los pájaros. No es la clásica invocación de la primavera tan característica de la poesía lírica así en lengua de oc como también en lengua de oïl en la literatura medieval francesa y que se encuentra también en la épica, en la novela e incluso en la crónica. En los relatos de los viajes de San Brendano el canto de los pájaros suele estar en relación con el paraíso perdido por el primer hombre.

Remontando desde la costa un riachuelo llegan hasta su nacimiento. Y allí encuentran un árbol gigantesco, blanco como el mármol, de hojas anchas moteadas de rojo y blanco. Y en sus ramas muy tupidas, una gran cantidad de pájaros blancos muy preciosos.

Después de una breve estancia en esta isla fue cuando navegaron hasta llegar a la isla de las Aguas embriagadoras de la que acabamos de hablar. Pero al poco regresaron a esta isla de los Pájaros y permanecieron allí ocho semanas.

El carácter fantástico del relato, como en general de gran parte de la literatura de la época en lengua normanda hace verosímil que, cuando se disponen a marchar de la isla, uno de los pájaros les hable diciéndoles que deben volver a ella cada siete años y que todos los años por Navidad han de ir a la isla de Ailbe y también cada año deberán celebrar la Pascua sobre la ballena.

5.8. La lucha entre el grifo y el dragón (versos 1001-1030)

En una ocasión, cuando los monjes iban navegando en su nave aparece sobre ellos un grifo que, lanzando llamas por sus fauces, les ataca con furia extrema. Pero al instante llega un dragón, también él lanzando llamas por la boca, entablándose una lucha terrible entre los dos monstruos, hasta que el grifo cae muerto por el dragón.

Más adelante (en los versos 1058-1062), nos dice el relato que junto a la nave aparecen unos enormes monstruos que la acompañan hasta que los monjes acaban de cantar el oficio.

5.9. El iceberg (versos 1063-1096)

El gran bloque de cristal de que se habla en estos versos bien podía ser un iceberg.

5.10. La fragua del infierno (versos 1097-1210)

En su introducción a *Los viajes de San Brendano*, publicados por la editorial Siruela, escribe María José Lemarchand: «Odisea o Eneida cristianizada se puede llamar al poema, por algunos paralelismos que ofrece con aquellos textos, aunque siempre remotos; así la isla de los cíclopes homéricos o el Polifemo de la Eneida podrían haber inspirado el episodio del diablo-herrero, con su diabólico ejército, que dispara toda clase de proyectiles encima de los viajeros [...]» (pág. XIX).

Esta «fragua del infierno» podría sugerir la idea de algún volcán en actividad, tal vez el monte Hecla, en el sur de Islandia, o quizá el monte Katla, más cerca de la costa.

En los versos 1183-1210 se habla evidentemente de un volcán, distinto del anterior, que bien podría ser el monte Beerenberg sobre Jan Mayeor, isla situada entre Noruega y Groenlandia, al norte de Irlanda.

El cráter de este volcán es considerado como la boca del infierno.

5.11. La isla del ermitaño Pablo (versos 1505-1552)

En su largo periplo llegan los monjes a una isla con una montaña muy alta en la que vive un ermitaño de nombre Pablo que había llegado a esa isla después de haber vivido retirado en un bosque.

5.12. La isla de San Borondón

Hablar en Canarias de los viajes de San Brendano y no decir nada de la isla de San Borondón, no sería justo.

Durante mucho tiempo se ha hablado de una isla paradisíaca descubierta por San Brendano. Y según muchos autores esa isla habría que ubicarla muy posiblemente aquí, en el archipiélago canario. Sería una octava isla Afortunada. Con este calificativo aparece en algunos mapas de los siglos XV, XVI y XVII, ubicada o localizada por estas latitudes en algunos cartularios, y algo más al norte en otros.

Hoy suele considerarse como puramente imaginaria esta isla de San Borondón o de San Brendano.

Descartada la idea de una octava isla Afortunada, nada se opone, sin embargo, a poder pensar que San Brendano pudo haber llegado no sólo a las Azores, como ya hemos indicado más arriba, sino quizá a alguna de las islas Canarias. ¿Por qué no a esta misma isla de Tenerife? Algunos de sus parajes son realmente paradisíacos así por su vegetación con una flora excepcional como también por su fauna. Lo mismo en la costa que en el interior hay parajes en esta isla que bien pueden hacer pensar en un paraíso terrenal.

6. EL HISTORIADOR WACE Y LA ISLA DE JERSEY

Este cronista del siglo XII nos ha dejado en versos octosílabos una historia de los bretones con el título de *Bruto* y otra de los normandos con el de *Ru*. La primera viene a ser una traducción libre, en normando, de la *Historia regum Britanniae* de Godofredo de Monmouth, y va dedicada al rey Enrique II de Inglaterra y a su esposa Leonor de Aquitania.

Nació en 1110 y murió hacia 1180 siendo canónigo de Bayeux. Él mismo nos da información cumplida acerca de su identidad, del lugar de su nacimiento y de su primera educación. En los versos 5319-5330 de su crónica *Ru* nos dice así: «Si se me pregunta quién ha traducido en lengua vernácula esta historia, os digo y diré quién soy: Wace, de la isla de Jersey que está en el mar hacia occidente, y pertenece a Normandía. En la isla de Jersey nací; y de niño fui llevado a Caen donde me pusieron en la escuela. Luego seguí mi instrucción en Francia. Y al regresar de Francia, viví largo tiempo en Caen» («Se l'on demande qui ço dist, / Qui ceste estoire en romanz fist, / Jo di e dirai qui jo sui: / Wace, de l'isle de Gersui / Qui est en mer vers occident. / Al fieu de Normendie apent. / En l'isle de Gersui fu nez, / A Chaen fui petiz

portez, / Illoques fui a letres mis. / Pois fui longues en France apris. / Quant de France jo repairai / A Chaen longues conversai»).

7. LA ISLA EN LOS RELATOS DE CRUZADOS Y PEREGRINOS A ORIENTE

7.1. Los historiadores Villehardouin y Roberto de Clari en la isla de Corfú

El mariscal de Champaña Godofredo de Villehardouin, nacido en 1150, participó en la cuarta cruzada (1202-1204), distinguiéndose en Venecia como hábil negociador para asegurar el transporte de los cruzados a Oriente.

En los 116 capítulos de su *Conquista de Constantinopla* da cuenta cumplida y detallada de esta cruzada.

Al estudiarse en estas jornadas el tema de la isla, debemos recordar el capítulo 23, que nos habla de su estancia en la isla de Corfú, adonde llegaron procedentes de Venecia y Zara, y de donde saldrían para dirigirse a Abidos, en los Dardanelos, muy cerca ya de Constantinopla.

De la isla de Corfú, la más grande de las Jónicas, dice Villehardouin que es «muy rica y abundante».

En esta isla estuvieron los cruzados tres semanas. Y tuvieron en ella una contrariedad muy seria, pues surgieron diferencias en relación con la prosecución o no de la cruzada, y sobre el rumbo que se había de tomar. Después de muchas discusiones acordaron seguir adelante. Y reembarcaron todos la víspera de Pentecostés del año 1203. Pero desviando el fin para el que había nacido.

Es bien sabido que esta cruzada, capitaneada por el conde de Flandes Balduino IX y el conde de Monferrato Bonifacio, había sido organizada por el papa Inocencio III para liberar los Santos Lugares. Pero, en lugar de cumplir esta misión, prefirieron entonces dedicarse a destruir el imperio griego para crear en su lugar el imperio latino de Constantinopla.

Otro historiador de la época, aunque generalmente menos conocido, Roberto de Clari, también participó en esta cruzada, acompañando a su señor Pedro de Amiens. Y también él da cuenta de los hechos más importantes a su juicio en una obra en 120 capítulos que lleva el mismo título de *Conquista de Constantinopla*. El capítulo 32 habla de la llegada de los cruzados a la isla de Corfú, aunque sin dedicarle especial atención.

7.2. El historiador Joinville en la isla de Chipre

El longevo señor de Joinville, nacido en 1224 y muerto a los 93 años en 1317, tomó parte en la séptima cruzada acompañando al rey San Luis, Luis IX de Francia.

Se le debe una bonita *Historia de San Luis*. En algunos de sus párrafos nos da cuenta de los episodios y hechos más relevantes de aquella cruzada, a la que se incorporó Joinville cuando el rey estaba en la isla de Chipre.

Combatió luego Jonville en Damieta y en Mansura. Hecho prisionero, recobró la libertad, en junio de 1250, tras un breve aunque penoso cautiverio. Cayó después enfermo en San Juan de Acre. Y después de pasar por Siria, regresó a Francia en 1254.

Habla especialmente de Chipre en el capítulo 23. Y luego, otra vez, en el 38 cuando regresa de Egipto. En el 23 hace constar que en esa isla había «gran cantidad de vino» y también «trigo y cebada en abundancia».

7.3. El Santo Viaje a Jerusalén de Ogier de Anglure

El señor de Anglure, Ogier VIII, hijo de Ogier VII, nos ha dejado un interesante relato de su viaje a Tierra Santa a finales de 1395.

Uno de sus antepasados, también de nombre Ogier de Anglure, había participado, dos siglos antes, en la tercera cruzada. Capturado por los musulmanes, había obtenido la libertad sin tener que pagar rescate alguno, a cambio sólo de imponer a sus descendientes el nombre de Saladino.

Después de estar en Venecia, visitó una islita llamada Ínsula, muy cerca de Paula. De allí viajó a la isla de Corfú, pasando antes por «una isla deshabitada de nombre Cazapoly (es decir Saseno), frente a Valona», en Albania. Cuenta que en esa isla había una serpiente que no dejaba vivir allí a nadie salvo a los de una capilla delante de la cual había una higuera cuya madera mojada en el aceite de la lámpara de la capilla servía para curar de las fiebres.

De allí pasaron a otra isla, la de Chifornia (es decir Cefalonia) en la que pudieron disfrutar de una fuente que manaba agua dulce. Pasan luego a la isla de Rodas, rica en viñedos y árboles frutales y con muchas iglesias «así católicas como griegas», y con un castillo en el que había un hospital bajo la advocación de San Juan.

De su llegada a Beirut nos dice que a una legua estaba el lugar en el que San Jorge dio muerte a la «serpiente», esa enorme serpiente alada que solemos llamar «dragón».

Describe luego detenidamente –como es natural– la visita a los Santos Lugares, al monasterio de Santa Catalina y a Egipto.

Navegan luego a la isla de Chipre, llegando ante la ciudad de Limeso el día de la Natividad de Nuestro Señor y a Nicosia el día primero de año. Allí contemplan la cruz en la que, según la tradición, había muerto el buen ladrón. La noche de Reyes reciben copiosos regalos de comida con que les obsequia el señor de la isla. En ella se encuentran a gusto, pero es muy insana. Y allí muere de fiebres uno de ellos, Simón de Salebruche. Con la tristeza de su pérdida abandonan la isla reembarcando en Limeso.

Después de una breve estancia en «Castillo Rojo», en lo más alto de una isla, a sólo media legua de la costa de Turquía, ponen rumbo otra vez hacia Rodas, pasando antes por otra isla, llamada «isla de la Doncella» en la que admiran una hermosa capilla dedicada a Santa María de la Doncella. En Rodas celebran los oficios el día de Viernes Santo y pueden admirar las

muchas y preciosas reliquias que allí se veneran. Y también nos habla de los dieciséis molinos de viento que hay en su puerto.

De Rodas vuelven a Venecia, pasando por la isla de Monte. Y regresan a Anglure «el 22 de junio», antevíspera del día de San Juan del año de gracia de 1396.

8. LAS GESTAS DE LOS CHIPRIOTAS DE FELIPE DE NOVARA

La isla de Chipre, que había sido conquistada por Ricardo Corazón de León en 1191, fue vendida por éste a los templarios; y pasó luego a Vito de Lusignan (Guy de Lusignan), quien fundó el reino franco de Chipre, que duró tres siglos: de 1192 a 1489. Su hermano y sucesor Amauri fue coronado rey de Chipre en 1197. Y por su matrimonio con Isabel de Anjou (hija de Amauri I de Jerusalén) instauró el reino de Chipre y Jerusalén. La isla siguió en poder de los francos hasta el año 1489 en que fue cedida a los venecianos.

En la primera mitad del siglo XIII Felipe de Novara desempeñó en Oriente funciones diplomáticas. Y participó además en la guerra de Chipre, sobre todo de 1228 a 1243. Cuando ya mayor regresó a Francia, hacia 1265, a sus 70 años, se puso a escribir aprovechando su larga y rica experiencia.

De las tres obras que dejó escritas, nos interesa reseñar la que lleva por título *Les Gestes des Chypriots*, en la que nos da cuenta de los sucesos acaecidos en la isla de Chipre en los que él tomó parte.

Vale la pena señalar que, aun siendo él natural de Novara, en Lombardía, sus *Memorias* (y dentro de ellas esta obra que lleva por título *Las Gestas de los chipriotas*) aparecen escritas en francés. Justo es, sin embargo, reconocer que el texto que hoy conservamos fue compuesto por Gerardo de Montreal, casi un siglo más tarde, en 1320.

Añadamos que a finales del siglo XV esta obra fue traducida al italiano y que esta versión italiana fue después incorporada en la compilación de historia chipriota conocida con el título de *Crónica de Amadi*.

A finales del siglo XVI el chipriota de origen italiano Florio Bustrone escribió en italiano otra crónica de la isla de Chipre basada en la *Crónica de Amadi* y disponiendo asimismo del original de *Las Gestas de los chipriotas* de Felipe de Novara.

No dejaremos de señalar que entre los lugares de la isla de Chipre que aparecen en esta obra de Felipe de Novara figura una «fuente del dragón», cerca de Deudamor, un poco al sur de la ciudad de Cherines, al norte de la isla.

Señalaremos asimismo la transcripción de una parte («une branche») del *Roman de Renart*, aplicando los nombres de los animales a distintos personajes de la historia chipriota de aquella época.

Y sobre todo recordaremos la reiterada comparación con España de la isla de Chipre, pues «lo mismo que en España hay cinco reyes, también en Chipre hay cinco “bailes”», es decir gobernadores, empleando esta palabra

«baile» («baus») de acuerdo con una denominación que se hizo corriente en las colonias venecianas del Mediterráneo oriental.

9. DE GERARDO DE VIENA A LA BODA DE ROLDÁN DE VÍCTOR HUGO

El cantar de gesta conocido con el nombre de *Gerardo de Viena* fue escrito en el siglo XIII por Beltrán de Bar-sur-Aube.

Hijo de Garín de Monglana, Gerardo recibe como feudo la ciudad de Viena, a orillas del Ródano.

Enemistado con Carlomagno, Gerardo se encierra en Viena donde sufre un largo y duro asedio durante siete años. Entre los barones que le acompañan está su sobrino Olivier cuya hermana es la bella Alda. Roldán, que combate junto a Carlomagno, observa la presencia de Alda entre los asediados. Se enamora de ella y pretende raptarla. Pero Olivier se lo impide.

Cansados sitiadores y sitiados de tan largo asedio, se llega a un acuerdo: que un duelo entre Roldán y Olivier dé fin a la guerra. Acuden los dos a una isla fluvial, en el Ródano. Y allí, sin compañía de nadie, combaten con encarnizado furor, observados desde una y otra orilla por Carlomagno y los suyos en una orilla, y por Gerardo y Alda, entre otros, en la otra orilla. Tras un largo rato de lucha a muerte, aparece un ángel que, después de separarlos, les manda reconciliarse. Olivier concede entonces a Roldán la mano de su hermana Alda. Y, reconciliados sitiados y sitiadores, acuerdan unir sus armas y sus fuerzas para luchar contra los musulmanes.

El episodio de la boda de Alda y Roldán fue tomado en el siglo XIX por Víctor Hugo en *Le Mariage de Roland*, que aparece en *La Légende des siècles*. Víctor Hugo —recordémoslo de paso— siguió muy joven a su padre en sus destinos militares por Italia, y en la isla de Córcega y en la de Elba, antes de su estancia en España en 1811. Y, puesto que recordamos su estancia en la isla de Córcega y en la de Elba, no olvidemos que —ya mayor— después de una estancia en Bruselas pasó a refugiarse en la isla de Jersey y luego en la Guernesey. Precisamente ese período de su estancia en estas islas anglonormandas fue el más fecundo de su producción literaria. Aparte de *Le Mariage de Roland* cabe recordar, asimismo en *La Légende des siècles*, su bonita composición *Les Paysans au bord de la mer*, firmada el 1 de marzo de 1854 en la isla de Jersey y escrita en esta isla como gran parte de sus poesías de tema marino.

Volviendo a nuestro cantar de gesta medieval, podríamos preguntarnos por qué el duelo entre Olivier y Roldán había de celebrarse en una isla y qué simbolismo puede tener aquí la isla.

En principio, y aunque pueda parecer una redundancia, para que los dos combatientes estuvieran completamente aislados, aunque observados por unos y otros desde fuera de la isla.

10. LA ISLA EN LAS OBRAS LITERARIAS DEL CICLO BRETÓN

Así por su clima como por su paisaje, lo mismo la Bretaña insular que la Bretaña continental invitan a una literatura soñadora y fantástica, llena de misterio y de magia.

Las antiguas historias cantadas por los bardos con acompañamiento de sus cítaras fueron luego recogidas por varios escritores: *a)* San Gildas (del siglo VI) en su *De excidio Britanniae*; *b)* Nennius y los autores de la *Historia Britonum* en los siglos VIII y IX; *c)* Godofredo de Monmouth (siglo XII) en su *Historia regum Britanniae* y en su curiosa *Vita Merlini*.

10.1. En los «lais» de María de Francia y en los «romans» de Chrétien de Troyes

Los literatos, por su parte, hallaron en las leyendas bretonas una fuente de inspiración especialmente rica. María de Francia en sus «lais» y Chrétien de Troyes en sus «romans» aciertan a impregnar los legendarios relatos bretones con algunos toques propios del amor cortés. Y el decorado lleno de bruma y de misterio de los paisajes de ambas Bretañas y de las islas en que se desarrollan los episodios y aventuras se animan de vez en cuando con la luz clara y alegre del mediodía mediterráneo. De esta suerte cobran nueva vida aquellos bosques llenos de misterio, y las naves movidas por arte de magia, y las islas habitadas por hadas, y los sueños en que se ven envueltos los personajes de las leyendas, y los temibles dragones.

Cabe hacer no pocas conjeturas sobre la posibilidad del valor simbólico de no pocos de los elementos que aparecen en los «lais» de María de Francia y en los «romans» de Chrétien de Troyes, y en otras obras literarias francesas medievales. Por ejemplo, el ruiseñor (en *Laostic*), o el azor (en *Yonec*), o el león (en el *Chevalier au lion* y en *Perceval*), o el dragón (en *Yvain*, en *Perceval*, en *Folques fitz Garin*) o la cierva (en *Guigemar*), o el anillo (en *Ivain*, en *Yonec* y en *Alcasino y Nicolasita*), o la madre selva (en el «lai» de la madre selva), o las plantas con sus virtudes curativas (en *Tristán e Iseo*), o la fuente (en *Yvain*), o la nave (en *Guigemar*), o el bosque (en *Yonec* y en *Alcasino y Nicolasita*), o el lago (en *Lancelot del Lago*), o la isla (en *Lanval*).

10.2. En *Lancelot del Lago*: aventuras y visiones de Perceval en una isla poblada de animales salvajes

En la *Quête du Saint-Graal* pasaremos por alto «el castillo de las doncellas» e incluso el pasaje en que se habla de aquel bloque de mármol rojo flotando en el agua y sobre el que estaba colocada una espada con una inscripción que aseguraba que sólo podría levantarla aquél que realmente fuera digno.

Recordaremos, en cambio, el bonito pasaje en el que se nos describen las portentosas aventuras que ocurren a Perceval tras ser tentado por el de-

monio que bajo la apariencia de una hermosa mujer le entrega un precioso caballo que, al santiguarse Perceval, se deshace de él y se lanza al agua de un río dejando detrás un gran reguero de llamas y una gran humareda. Perceval se encuentra de repente en una isla poblada de animales salvajes. Al ver en el centro una roca muy elevada, Perceval se dispone a subir a su cima, pero se le adelanta una gran serpiente (especie de dragón), perseguida de cerca por un león con intención de recuperar su cachorro que la serpiente se lleva entre los dientes sujetándolo por el cuello. Interviene con arrojo Perceval en favor del león y entabla una lucha a muerte con la serpiente que no cesa de lanzar llamas por sus fauces. Se impone la destreza de nuestro héroe que acaba por dar muerte a la serpiente, liberando así al cachorro.

Al quedar después dormido, tiene la visión de dos damas: una de avanzada edad cabalgando sobre una serpiente-dragón; y la otra, joven y guapa, montada sobre un león. Un sacerdote que llega en una nave le desvela que la primera es la sinagoga, y la segunda la nueva ley; la serpiente es el diablo; y el león, en cambio, representa a Jesucristo. Se va el sacerdote y llega otra nave de la que desciende una doncella quien le manifiesta que aquel sacerdote es un «encantador» que sólo le ha ofrecido palabras pero no alimentos. Ella, en cambio, le va a proporcionar alimentos y bebida e incluso le ofrece su amor a cambio del suyo. Preparan los servidores una tienda y en ella un lecho. Pero cuando ellos dos se disponen a consumir sus amores, se fija él en la cruz bermeja grabada en su espada y se santigua en la frente. Al instante se hunde la tienda, surgen llamas y una espesa humareda, y aparece un fuerte olor a infierno. De nuevo se las había visto con el mismísimo diablo bajo apariencia de una hermosa doncella. Vuelve la primera nave y el sacerdote le desvela aquellos misterios y Perceval se reconcilia con Dios. El sacerdote le dice que suba a la nave y que se deje ir.

10.3. En la novela *Tristán e Iseo*

Preciosa novela, o más exactamente conjunto de novelas, también conocida en español con el nombre de *Tristán e Isolda*.

Entre los manuscritos que nos la han conservado recordaremos el magnífico 103 de la Biblioteca Nacional de París en 383 folios de vitela, pergamino de calidad especial que era muchas veces obtenido de una ternera o un cordero nacido por aborto provocado con el fin de obtener una piel muy fina. En este manuscrito figura una miniatura de una extraordinaria belleza, en la que aparecen: a) Irlanda, corte del rey Gormón; b) Cornualles, corte del rey Marco; c) la Bretaña actual, es decir la antigua «Bretaña Chica» o «Bretaña Pequeña», así llamada para distinguirla de la Bretaña primitiva, la actual Gran Bretaña. Y entre esas tierras, dos naves haciendo la travesía entre las Islas Británicas y el continente. En una de las naves, la más grande, están Tristán e Iseo que acaban de beber el «filtro del amor». En la otra, la más pequeña, con vela negra desplegada, unos religiosos trayendo los féretros de los dos amantes.

Tristán es el hijo del rey Meliado de Leonís y sobrino del rey Marco de Cornualles. Su nacimiento había sido causa de la muerte de su madre. Viudo el rey Meliado, se casa con la hija del rey Hoel de Nantes. Pero es tal el odio que esta madrastra manifiesta contra el joven Tristán que Gubernall decide liberarlo llevándolo a la corte del rey Faramundo, en el continente.

Limitaremos nuestro comentario a los dos pasajes que dicen relación directa con el tema de la isla: a) el duelo entre Tristán y el gigante Morholt en la isla de San Sansón; y b) los «outlaws» o ladrones de mar en la isla de Chausey. Y añadiremos el pasaje de la victoria de Tantrís (= Tristán) sobre el dragón-serpiente.

10.3.a) Duelo entre Tristan y el gigante Morholt en la isla de San Sansón

Morholt es el hermano de Iseo de Irlanda, mujer del rey Gormón y madre de Iseo la Rubia. Desde hacía tiempo Irlanda exigía a Cornualles un tributo de trescientos muchachos y trescientas muchachas cada cinco años.

El gigante Morholt se presenta en Tintagel para exigir ese tributo. Ni los más esforzados caballeros de la corte del rey Marco se atreven a oponer resistencia a la pretensión de Morholt de llevarse a Irlanda los seiscientos cautivos que viene a reclamar. Pero Tristán, recién llegado, se presenta al rey, le descubre que es su sobrino, y pide que se le permita retar en duelo al gigante Morholt para así liberar Cornualles de tan ominoso tributo. La lucha tendrá lugar en la cercana isla de San Sansón, a la que así Tristán como Morholt llegan en sendas barcas. En cuanto Tristán pone pie en tierra, da una patada a su propia barca para que se aleje de la costa. Esta acción sorprende al gigante y así se lo manifiesta a Tristán. Pero éste, con gran aplomo, le replica que sólo uno de los dos ha de volver. Se entabla el duelo; y uno y otro combaten con ardor y coraje. A pesar de la fuerza sobrehumana de Morholt, acaba imponiéndose la destreza de Tristán que consigue deshacerse del gigante dándole muerte con su espada que en el último certero golpe acabó mellada quedando clavada en el cuerpo de Morholt la mella que se le desprendió. Sube entonces Tristán en la barca de Morholt y se dirige a Tintagel en la costa de Cornualles. Al ver llegar esta barca todos piensan que quien regresa es Morholt y que Tristán ha quedado muerto. Pero la realidad, para suerte de Cornualles, es bien otra: Tristán ha salido victorioso y Cornualles ha quedado libre del ominoso tributo.

10.3.b) Los «outlaws» o ladrones de mar en la isla de Chausey

Después de haber herido a Tristán y haber dado muerte a Rivalén que se había acostado con Garjolén (la mujer de Bedalís), éste y los suyos, por temor a Tristán, huyen en una barca llegando a Chausey, «una tierra bella y noble, cerrada completamente por el mar, y montañosa», como la denomina la novela. Y dice que «fueron setecientos compañeros que se hicieron “outlaws”», es decir «ladrones de mar». Y añade que «jamás nave alguna pasó por allí, cargada de mercancías sin que fuera saqueada y sus navegantes asesinados [...]».

10.3.c) Victoria de Tantris sobre el dragón-serpiente

Impresionado por los estragos que en tierras irlandesas causaba un dragón-serpiente que tenía aterrorizada a su población, Tristán –que allí se ha presentado como un juglar con el nombre de Tantrís (juego formado por la inversión de las dos sílabas de Tristán)– decide enfrentarse a ese monstruo. Lucha con él y consigue matarlo. Y acto seguido, le corta la lengua y la mete en su calza. Pero el veneno de esa lengua provoca en Tristán una terrible hinchazón que le hace perder el conocimiento y le pone en muy serio peligro de muerte. Mientras tanto, el astuto y cobarde senescal Aguiguerre descubre el dragón muerto y concibe al instante la idea de hacer suya la gloria de la victoria sobre el dragón. Para hacer más verosímil su engaño, corta la cabeza al dragón y se presenta con ella como trofeo, pidiendo la recompensa prometida por el rey: la mitad del reino y la mano de su hija, Iseo la Rubia. Contrariada ésta, y convencida de la impostura, protesta contra el odiado senescal y pide que se averigüe la verdad, ya que está bien segura de que ese cobarde no ha podido ser capaz de enfrentarse al temido dragón. Mientras tanto, Tantrís es curado por las dos Iseos, que sabían mucho de las propiedades curativas de las plantas. Y al recobrar él el sentido y aparecer la lengua del monstruo en su calza, se descubre la verdad de cómo y por quién había sido muerto el dragón.

El senescal es vilipendiado por su impostura. Para Tantrís, en cambio, todo son loores, glorias y alabanzas. Pero cuando más tarde enseñan un buen día a la reina Iseo la espada de Tantrís, observan que está mellada y que la mella que le falta coincide exactamente con la que habían extraído de la cabeza del gigante Morholt tras su muerte por Tristán en la isla de San San-són y que ella tenía guardada en un cofre. Así se descubre que Tantrís no es otro que Tristán. La reina pide su muerte; pero el rey Gormón, impresionado por la liberación del dragón y conmovido por la suerte de ese joven héroe, lo salva en última instancia.

10.4. La isla de Avalón

Isla, tal vez imaginaria, llena de misterio y de magia, habitada por damas que saben de encantamiento. Su nombre aparece una y otra vez en las leyendas del rey Arturo y suele ir unido al del hada Morgana, hermana o mediohermana del rey Arturo. Y allí lo lleva cuando es herido de muerte en la batalla de Salesbières.

Se dice que, tras su muerte, el rey Arturo fue enterrado en la «Capilla Negra». Pero, según la leyenda, nunca murió, sino que fue llevado a Avalón por el hada Morgana, y en esa «isla de la eterna juventud» permanece dormido, custodiado por el hada y por sus damas. Por eso los bardos y los antiguos bretones de una y otra Bretaña insisten en que un día más o menos lejano ha de volver lleno de vida y energía.

En el *Cuento del Santo Grial* (*Le Conte du Graal*) se habla varias veces del rey de Escavalón (versos 4721 y 5743), de quien se dice (en el verso

4723) que es más hermoso que Absalón. Generalmente se ha identificado este topónimo «Escavalón» con el de isla de Avalón, aunque sea cosa muy discutible.

En el «lai» *Lanval* de María de Francia se nos dice que éste es amado por un hada que se lo lleva a la isla de Avalón, de la que se afirma que es «una isla muy bella» («un isle ki mut est beaus», versos 641 y 643).

En la obra de Chrétien de Troyes aparecen repetidas alusiones a la isla de Avalón. Y en distintas obras del ciclo bretón pueden encontrarse alusiones muy reveladoras tales como «ni por todo el oro de Avalón».

Surge naturalmente la curiosidad por saber algo concreto sobre la realidad o ficción de esta isla. Por nuestra parte nos inclinamos a pensar que se trata de una isla puramente imaginaria.

Varias han sido, sin embargo, las propuestas de localización de esta isla. Veamos las más destacadas.

a) Glastonbury, en el país de Gales, donde se muestra el pretendido sepulcro del rey Arturo. Este lugar no es realmente una isla, aunque sí —como observan M.J.H. Watkins y C.A. Raleigh en *The Pictorial History of Glastonbury Abbey. The Isle of Avalon*. Pitkin Pictorials Ltd., 1968— una zona muy pantanosa, que en los siglos IV y V era una auténtica marisma.

b) La isla de Aval, junto a la costa septentrional de la Bretaña continental, no lejos de la Isla Grance, perteneciente al actual municipio de Pleumur-Bodou. Si bien la similitud del nombre puede favorecer esta hipótesis, reforzada por la tradición oral muy viva sobre todo en Tregor, el reducido tamaño de esta isla y su proximidad al continente le priva del carácter de misterio y de magia que las leyendas bretonas atribuyen a la isla de Avalón.

c) Para Langlais cabría pensar en la lejana península de Avalón, situada al sureste de Terranova y unida a esta isla por el istmo del mismo nombre. La lejanía no deja de constituir una auténtica dificultad para esa localización. Pero Langlais recuerda que los celtas fueron siempre unos navegantes muy atrevidos que muy probablemente se arriesgaron en ocasiones por los mares septentrionales. Eso parece demostrar, entre otros testimonios, los viajes de San Brendano, que todo hace pensar que fueron menos imaginarios de lo que a primera vista pudiera parecer. Por nuestra parte añadiremos que el hecho de tratarse de una península, y no de una isla, no constituye una seria dificultad, ya que en la Edad Media no solía distinguirse lexicológicamente entre «isla» y «península».

Una clave decisiva para poder admitir en principio o rechazar de plano esta atrevida hipótesis sería dilucidar la época en que se dio el nombre de Avalón a esta península de Terranova, cuya capital, Saint-John's, está en su extremo noroeste.

En principio ninguna relación cabría señalar entre la isla de Avalón de las leyendas bretonas y la población de Avallon, capital del Avallonnais, en el actual departamento de Yonne, en el noroeste de Borgoña, casi en el centro de la Francia de nuestros días.

Soy plenamente consciente de que la toponimia es un terreno muy resbaladizo. Me atrevo, sin embargo, a lanzar la hipótesis de que Avalón (así como Avallon) puede responder a la etimología celta «abal(l)o» que significa «manzana». Avalón podría ser entonces «pomar» o «manzanar» o «manzanal».

11. LA ISLA EN LA NOVELA *ALCASINO Y NICOLASITA*

En la novela *Alcasino y Nicolasita* (*Aucassin et Nicolette*) tal vez no aparezca la isla propiamente tal. Pero sí figuran varios pasajes que hablan del «aislamiento» de los dos protagonistas, lo mismo en el encierro a que son uno y otra sometidos para impedir sus amores, como luego cuando, tras huir, se refugian los dos en un bosque.

Hemos dicho que no aparece la isla propiamente tal. Y lo decimos así porque Torelore pudiera ser una isla imaginaria en la costa mediterránea francesa, no lejos de Aguas Muertas (= Aigues-Mortes) o de Las Santas Marías del Mar (= Les Saintes-Maries-de-la-Mer). Como imaginario es asimismo, sin duda alguna, su rey, que por cierto estaba haciendo la «cobada»¹ cuando allí llegaron Alcasino y Nicolasita.

En cuanto a Cartago, a donde fue llevada Nicolasita, se trata sin duda alguna de nuestra Cartagena².

12. LA ISLA EN EL *LIBRO DEL TESORO* DE BRUNETTO LATINI

En la cuarta parte de su obra *Li tresors*, generalmente conocida por *El libro del tesoro*, nos habla Brunetto Latini, entre otras islas, de las griegas y de las británicas. Hablando de Irlanda afirma que en esa isla no vive ni una

¹ Aunque el término «cobada» no figura en el Diccionario de la Real Academia, y tampoco en los diccionarios gallegos, en un texto o traducción española es preferible emplear esta palabra «cobada» y no la francesa «couvade» que, por otra parte, tampoco figura en los diccionarios franceses, salvo en el «Trésor». En el texto original en antiguo francés dice: «il gissoit d'enfant» (XXVIII).

² Es la misma Cartago = Cartagena que aparece en *Foulques fitz Warin*. Recordemos el párrafo que lo confirma: «Ly pesant lur dyt que c'est le reygne de Yberie "e cest pays est apellee Cartage: cest chastiel est al duc de Cartage, qe tient de le roy de Yberie; cesti duc avoy une fille, la plus bele pucele qe um savoit en le regne de Yberie" [...]».

sola serpiente. Y añade que –según cuentan– allí donde se lleva tierra o piedras de Irlanda, no puede vivir serpiente alguna. De las Hébridas afirma que su gente no tiene trigo alguno y sólo vive de pescado y de leche, pues no puede vivir de otra cosa, ya que no la hay. De las Orcadas dice que están deshabitadas. Al hablar de la isla de Tule (que generalmente se ha identificado con Islandia) señala que es tan septentrional que en verano algunas noches son extremadamente cortas y casi no existen.

Cuatro siglos y medio antes el monje irlandés Dicuil nos hablaba de este fenómeno en su obra *En relación con las dimensiones del mundo*, escrita a principios de siglo IX.

Cuando habla de los viajes de monjes compatriotas suyos por las islas septentrionales y de eremitas irlandeses y escoceses en aquellas islas, al referirse a Islandia, escribe: «Hace ahora treinta años que algunos sacerdotes que habían estado en esta isla desde el primero de febrero hasta el primero de agosto constataron que, no sólo en el solsticio de verano, sino también antes y después, el sol poniente se ocultaba como si dijéramos tras un pequeño montículo, de tal forma que no existe el menor período de oscuridad. Hace tan claro que un hombre podría incluso despiojar una camisa, como si el sol estuviera en lo alto del cielo. Y, de haber subido a una alta montaña, tal vez el sol se hubiera hecho visible toda la noche».

En el capítulo dedicado a África habla de una isla Mene en la que está el río Leteu que –según los antiguos, dice él; o de acuerdo con la mitología griega, diríamos nosotros– sería uno de los cinco ríos de los infiernos, y cuyas aguas harían perder la memoria a quien las bebiese.

13. LA ISLA EN LA NOVELA *FOLQUE HIJO DE GARÍN*

Bonita novela en prosa de principios del siglo XIV, en dialecto anglo-normando. Como ya hemos indicado más arriba, ni esta novela ni *Los viajes de San Brendano* figuran en los manuales dedicados a la literatura francesa medieval.

Cuenta este relato cómo Folque y su compañero Adolfo de Bracy se embarcaron en Dóver en una nave conducida por Mador. Tras una larga travesía por el Atlántico, después de haber rebasado la altura del cabo de San Vicente, doblaron a babor y atravesaron el estrecho de Gibraltar penetrando en el Mediterráneo. Siguiendo luego la costa de la Península Ibérica llegaron hasta Cartago Nova, es decir Cartagena, donde tuvieron noticia del rapto de la hija del duque por un dragón que se la había llevado por los aires a una isla próxima donde tenía su guarida. Supieron entonces que toda aquella región vivía atemorizada por miedo al dragón.

El espíritu caballeresco de Folque se rebeló al instante contra aquel rapto y su reacción no se hizo esperar. Sin pensarlo dos veces ordenó a Mador que pusiera rumbo hacia aquella isla. Aunque bastante contrariado por mie-

do al dragón, así lo hizo Mador. Y como la isla estaba muy cerca, enseguida pudieron desembarcar en ella. Folque y Adolfo subieron hasta la cima de la montaña, viendo por allí esparcidos en el suelo gorgueras y yelmos, escudos y espadas y otras armas, y muchos huesos humanos.

Al ver Folque en una roca la boca de una especie de cueva, se decidió a entrar en ella. Tras santiguarse, desenvainó su espada y se metió en ella con gran valor. Allí se encontró con una doncella muy hermosa, pero triste y llorosa. Folque le preguntó de dónde era y qué hacía allí. A lo que respondió que era la hija del duque de Cartago y que llevaba siete años en poder del dragón. Y le aconsejó que marcharan cuanto antes porque, si llegaba el dragón, los mataría. Folque le replicó que habían ido a esa isla y habían subido hasta allí para liberarla sin reparar en sacrificios ni en peligros por serios que pudieran ser.

Cuando aún estaban en esa conversación apareció volando el dragón. Y al ver a Folque y a Adolfo, se puso furioso de rabia y por sus fauces lanzó horribles bocanadas de fuego con llamas muy vivas acompañadas de gran humareda. Y atacó con furia a Folque dándole un golpe tan fuerte en el escudo que se lo arrancó. No se arredró Folque; antes bien, reaccionó al instante y le dio un golpe muy fuerte en la cabeza con su espada, pero sin que le afectara lo más mínimo. La lucha se hizo cada vez más dura y violenta. Comprendiendo Folque que nada podría conseguir atacando al dragón de frente, esperó a que diera la vuelta para propinarle entonces un golpe tan fuerte en la cola que se la partió. Creció más aún, si cabe, la furia del dragón. Pero Folque, con gran serenidad, esperó el momento propicio; y cuando lo encontró, hundió su espada en las fauces del dragón y le dio muerte.

Los dos héroes bajaron entonces con la doncella hasta la orilla del mar donde les esperaba Mador. Subieron a la nave, poniendo rumbo hacia Cartago. Allí devolvieron la doncella a su padre, el duque de Cartago quien, al recibirla, les quiso premiar ofreciendo la mano de su hija a Folque. A gusto, dijo éste que la aceptaría si no fuera porque su religión cristiana se lo impedía, pues ya estaba casado. Sí aceptaron, en cambio, los ricos regalos que les ofreció. Y se hicieron a la mar rumbo a Inglaterra adonde llegaron después de larga travesía, desembarcando de nuevo en Dover, de donde habían salido.

Una vez más tenemos aquí un episodio muy significativo de la lucha con un dragón y de la victoria del caballero.

14. CONCLUSIONES

Acabamos de hacer un somero análisis del tema de la isla en la literatura francesa medieval.

Este rápido análisis nos permite llegar a unas conclusiones bastante claras en relación con el tema que hemos procurado estudiar: la función de la isla en los relatos franceses medievales.

Cuatro son las principales funciones de la isla en los relatos que hemos venido examinando: *a)* proporcionar o favorecer el aislamiento; *b)* procurar o asegurar un refugio; *c)* constituir un lugar propicio para el misterio y para la fantasía; *d)* servir de lugar o campo del honor para un combate entre caballeros.

a) Proporcionar o favorecer el aislamiento

En el relato de viajes de San Brendano hemos podido ver cómo algunos monjes irlandeses buscaban retirarse a islas pequeñas y deshabitadas para vivir aislados del mundo y sentirse más cerca del cielo, en una isla que podría recordar el paraíso terrenal en el que vivían Adán y Eva antes de consentir en la tentación. En esas islas vírgenes podían orar y meditar, gozando además del canto de los pájaros y de la exuberancia y fragancia de la vegetación.

b) Procurar o asegurar un refugio

La isla también podía constituir un lugar de refugio bastante seguro. Sobre todo en sus bosques y en sus lugares más elevados. Y con mayor razón cuando la isla era de difícil acceso.

Cabría recordar que en tiempos más recientes la isla ha sido también lugar de exilio o destierro.

Estando en Canarias, viene enseguida a la memoria, entre otros, el exilio de Unamuno. Y hablando de Francia, ¿cómo no recordar los destierros de Napoleón en la isla de Elba primero y en la de Santa Elena después? Y el de Víctor Hugo en las islas de Jersey y de Guernesey. Y en nuestros días, el del mariscal Pétain en la isla de Yeu.

c) Constituir un lugar propicio para el misterio y para la fantasía

La isla, por otra parte, –no lo olvidemos– se presta muy bien para el misterio y la fantasía. Sobre todo en la Edad Antigua y en la Media. Más aún cuando en ellas domina la bruma y están pobladas de bosques. Y de manera especial para el espíritu soñador del pueblo celta, particularmente cuando pretendió resucitar los hechos reales y sobre todo los ficticios y fantásticos en torno al rey Arturo. Las islas pequeñas más septentrionales apenas tenían entonces población humana, salvo algunos pescadores y unos pocos eremitas de origen irlandés o escocés. Pero se creía que estaban, en cambio, habitadas por monstruos muy peligrosos y dañinos para los humanos, lo mismo que el mar que los rodeaba.

d) Servir de lugar o campo del honor para un combate entre caballeros

En una isla del Ródano tiene lugar el duelo entre Olivier y Roldán en el poema *Gerardo de Viena*. Y una isla también fue el escenario del combate entre Tristán y el gigante Morholt en la novela *Tristán e Iseo*. En uno y otro combate, a los contendientes no les acompaña absolutamente nadie. Sólo a

distancia, fuera de la isla, pueden ser observados Olivier y Roldán desde las orillas del río. Y más a distancia aún de la isla (que en ese caso no es fluvial sino marítima) esperan noticias los de Cornualles sobre el resultado del combate a muerte entre Tristán y el gigante Morholt.

En este rápido recorrido han sido varias las ocasiones en las que el relato medieval francés nos ha ofrecido la presencia del dragón en una isla.

En *Tristán e Iseo* pudimos admirar la valentía de Tristán al enfrentarse con el monstruo y su victoria al darle muerte. Asimismo en *Folques fitz Warin* vimos igualmente la lucha entre el protagonista y el monstruo que también aquí es vencido, permitiendo su muerte la liberación de la hija del duque de Cartagena.

Recordemos que en los *Viajes de San Brendano* también se habla de un dragón. En este caso, sin embargo, en lugar de constituir un peligro o una amenaza, significa una liberación, ya que, en efecto, el dragón se enfrenta a un grifo que por sus fauces estaba lanzando llamas contra la barca en que viajaban los monjes.

Recordemos también que en el *Santo viaje a Jerusalén* de Ogier de Anglure se nos habla de una enorme serpiente que en la isla de Cazopoly (es decir Saseno) no dejaba vivir a nadie salvo a los de una capilla delante de la cual había una higuera cuya madera mojada en el aceite de la lámpara de la capilla servía para curar de las fiebres.

Este mismo relato señala poco después, cuando llegan a Beirut, que a sólo una legua está el lugar en el que San Jorge venció a la serpiente alada que solemos llamar «dragón».

En *Lancelot du Lac* Perceval consigue dar muerte a la serpiente dragón que había arrebatado un cachorro de león. Y al quedar dormido, es cuando tiene la visión de las dos damas: una vieja, montada sobre una serpiente; y la otra joven, cabalgando un león. Símbolo de la sinagoga y la ley antigua la primera; símbolo de Cristo y la Nueva Ley la segunda.

Estos episodios nos recuerdan, entre otros, el pasaje de *Tirant lo Blanch* en la isla de Lango o Cos en el que también aparece un dragón, el cual a su vez, como por arte de magia, se convierte en doncella al recibir el beso del valeroso caballero.

Cabría hacer finalmente unas consideraciones en relación con el simbolismo de la isla en la literatura francesa medieval.

Confieso que, por mi parte, soy más bien reservado, muy moderado y en extremo prudente para aceptar y dar crédito a muchos de los símbolos que se han pretendido ver en los textos literarios.

Pero no dejo de reconocer que los textos medievales franceses son ricos en testimonios de simbolismo. Como es natural, nos limitaremos a unas brevísimas consideraciones en relación con la isla en los textos que hemos comentado.

La isla, sea marítima, fluvial, o en un lago, es evidentemente una porción de tierra más o menos extensa rodeada de agua por todas partes. Aunque —conviene tenerlo presente— en la Edad Media no se solía distinguir lexicológicamente entre isla y península.

En algunos de los textos comentados la isla viene a significar o simbolizar naturalmente el aislamiento. En otros, en cambio, simboliza un castillo en el que, mientras unos se esfuerzan por defenderlo y defenderse, otros ponen su empeño en conquistarlo.

Añadamos para terminar que la nave –como ya lo hemos dicho al hablar del escudo de la antigua Lutecia– es en cierto modo una isla artificial. Y no digamos nada de esos inmensos transatlánticos de nuestros días o de los grandes petroleros; y sobre todo de esos gigantescos portaaviones que con razón se han podido llamar «islas flotantes».